



Narrativa El diario de un crítico de hoteles de camino a la obsesión

Ritual del acecho

Javier Montes
La vida de hotel

ANAGRAMA
200 PÁGINAS
15,90 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Todos sabemos la magia que encierran los hoteles, para muchos el gran aliciente de un viaje, porque en él están reservadas todas las sorpresas que no depara la imaginación: a un especial sentido de privacidad se une la posibilidad de romperla. En el lugar donde deberíamos encontrarnos más solos, como en un cuadro de Hopper, es donde más gozamos nuestra independencia. Es nuestra casa, pero no nuestro hogar. En un hotel se rompe la rutina y esperamos que ocurra al-



Javier Montes

KIM MANRESA

go que nunca va a ocurrir, como en los largos trayectos en tren tan mitificados en un tiempo por la novela y por el cine. El protagonista de *La vida de hotel* de Javier Montes (Madrid, 1976) se dedica a una profesión bastante más agradable que la del crítico literario. Es, por así decirlo, crítico o reseñador de hoteles, una vocación que le viene desde pequeño, cuando subía a la azotea de su casa a ver a una vecina que hacía topless: "para mí su puerta oxidada sí que se abría a otro mundo".

En uno de los hoteles que visita repite la experiencia voyeurística de su infancia, pero ahora va a cam-

biarle la vida. En el Hotel Imperial le dan la tarjeta equivocada y al abrir la puerta ve a una chica sentada en su cama, en bragas, y un chico desnudo. A partir de este momento se agudiza, como en los personajes de Javier Marías, su necesidad de mirar y de oír, el equivalente de desear el fruto prohibido. Y el fruto prohibido es aquí una mujer alta y elegante de unos cuarenta años, que es la que dirige una página web pornográfica que le obliga, también a ella, a buscar distintos hoteles para ir cambiando de escenario. Sus trabajos, pues, se parecen. Se inicia así un ritual de acechanza, atraído por esta misteriosa mujer que parece escapársele de las manos continuamente.

Esta *quête* no necesariamente caballerescamente se proyecta, narrativamente, en varias direcciones. La más importante es, naturalmente, la visita que va haciendo a los distintos hoteles, inicialmente para sus entregas tituladas *La vida de hotel*, pero que se convierten en espacio de todo tipo de experiencias. La más dramática de ellas sucede en un hotel de lujo escenario de paros y protestas hasta que se ve obligado a abandonarlo. Y en un modesto hotel conocerá al chico que puede ayudarle a encontrar a la elusiva mujer. Le pagará para que la llame por teléfono contestando al anuncio de la página porno. El chico acabará engañándole y el ayudante de ella, Pedro, se encargará de hacer imposible el encuentro.

Un encuentro que significa, en cierto modo, integrarse en una película, como el lector se integra en lo que para él es una novela, cuando lo que el narrador está escribiendo son sus críticas a cada uno de los hoteles que visita y, asimismo, a modo de diario, los avatares de su búsqueda, es decir, su propia historia, en busca de un desenlace que sólo se encuentra en el acto mismo de la escritura. Su futuro es casi presente: "acabaré esta frase, miraré hacia la puerta y ella estará aquí", del mismo modo que él penetrará en la película. Entre los muchos aciertos de la novela está el hecho de que más que el ambiguo rechazo de ella (desde que la conoce sabe que no se van a acostar) lo que cuenta narrativamente son todos los obstáculos que va encontrando, porque "cuando uno persigue es fácil que acabe sintiéndose también perseguido".

La vida de hotel es una novela divertida, escrita con envidiable naturalidad. Por un lado, al lector le gusta demorarse en la página, saborear la descripción de los hoteles, las distintas situaciones, y al mismo tiempo le acucia el deseo de conocer el desenlace. No hay referencias concretas a los lugares donde ocurre la acción, porque todo, incluidas la filmación y la escritura, ocurre en hoteles, donde la vida es siempre otra. Y si no hay desenlace posible es porque vivimos mágicamente suspendidos en el tiempo. |